

PUBLICACIONES / RESEÑAS

UN SIGLO DE PLATERÍA EN LA CATEDRAL DE PUEBLA

ANGÉLICA ARACELI GONZÁLEZ GARCÍA

UN SIGLO DE PLATERÍA EN LA CATEDRAL DE PUEBLA

ANGÉLICA ARACELI GONZÁLEZ GARCÍA

El 11 de julio, sin duda un día que para la mayoría de las personas podría pasar desapercibido a diferencia de si fuera un 10 de mayo, o un día del maestro pero sin duda el trabajo de los mineros es y ha sido importante desde que existe la civilización humana.

El sector minero es uno de los principales motores económicos de México y del mundo. Su importancia radica en el conjunto de beneficios que se desprenden de esta actividad, como la generación de empleos, de divisas, las inversiones, el crecimiento en conjunto de esta actividad con su cadena de valor y la importante aportación al desarrollo cultural de nuestro país, como veremos más adelante.

De las minas, como saben, se obtienen: metales, piedras preciosas, materiales para la construcción, combustibles y otros productos destinados a la industria. Algunos historiadores dicen probablemente el arte de los metales en América tuvo su origen en Ecuador o en Perú, y de allí se transmitieron varias técnicas por la costa del Pacífico hasta Panamá y Costa Rica, donde se establecieron importantes industrias para trabajar el oro; La arqueología, a través de diversas excavaciones, ha hallado en México numerosos objetos precolombinos elaborados en metal tanto orfebrería como joyería de uso cotidiano y suntuario, que son testimonio del trabajo de los metales con diversas finalidades: hachas, anzuelos, punzones, tubos, puntas de lanza, agujas y alfileres así como pectorales, collares, pulseras, cascabelles, anillos, orejeras, etc., en los que se empleó, también el oro, con diferentes técnicas ya

identificadas como martillado, repujado, filigrana, chapeado y moldeado por medio de la cera perdida.

Una vez establecido el virreinato bajo el Imperio Español, y el descubrimiento de grandes minas con metales preciosos como la plata y el oro, condujo a que se fundara en 1536 la primera Casa de Moneda del Nuevo Mundo, en la Ciudad de México, donde el metal adquiriría otro valor, es decir, se convertía en moneda. El proceso era el siguiente: llegaba el mineral en barras de plata que se fundían, se convertían en láminas y se cortaban en pequeños discos hoy denominados cospeles. Para acuñar los cospeles, se troquelaban ya fuera a mano o a máquina, los símbolos del imperio español tales como el escudo, el símbolo de la casa, una M mayúscula con una “o” sobre ella, como hasta hoy la conocemos, además del valor propio de la moneda. El grabado aglutinó un proceso artístico y artesanal de alta calidad y especialización, a tal grado que la Academia de Arte de San Carlos fue fundada a solicitud de la Casa de Moneda. El valor del Real español estaba basado en el valor mismo de su peso en plata, por lo que era una moneda estable y se usó como la moneda mundial para la compra y venta de mercancías por más de 300 años.

Si bien las crónicas españolas hablan del esplendor del oro, plata y piedras preciosas que adornaban los palacios prehispánicos, estas mismas dieron testimonio de la relevancia de la metalurgia en la época colonial en lugares como: Zacatecas, Real del Monte en el Estado de Hidalgo, Taxco y Guanajuato.

Durante el Virreinato de la Nueva España, la minería obtuvo un alto grado de desarrollo, tanto por el descubrimiento de minerales de excepcional riqueza, como por los adelantos técnicos en el beneficio de *Patio*, procedimiento minero para separar la plata o el oro de otros metales, mediante el uso de mercurio y sales, que llegó a ser conocido como el método de azogue o “procedimiento mexicano”. Descubrimiento que se le atribuye a Bartolomé de Medina, metalurgista español radicado en Pachuca

Este fue el despuntar del arte de la platería mexicana, orfebres y plateros rivalizaron para alcanzar una calidad y una originalidad extraordinarias en varios puntos de realce e importancia económica y política de la Nueva España.

Estos breves antecedentes son el marco para exponer la importancia del trabajo de investigación que reseñamos con el título: *Un siglo de platería en la Catedral de Puebla*, realizado por María Leticia Garduño Pérez publicación salida con el apoyo de ADABI. En primer lugar señalaremos que no es un estudio meramente descriptivo que a manera de listado se refiere a una cantidad de objetos, sino que representa el estudio metodológico centrado en los Inventarios como objeto mismo de estudio y como fuente de consulta. En segundo lugar que a partir de este trabajo invita a continuar investigando al área de la platería en México con mayor ahínco, en particular bajo una mirada de la historia del arte y por otro lado propone su metodología desarrollada en ésta investigación para ponerla en práctica en algún otro repositorio documental catedralicio a partir del estudio y comparación de sus inventarios como fuente de consulta.

Inventariar es poner por escrito y en orden un listado de los bienes y objetos que se tienen para así poderlos preservar y proteger. Como en cualquier empresa o institución, en el caso de la Iglesia, el motivo primordial de haber establecido los inventarios fue ejercer un cuidado estricto y control sobre el caudal y las suma de sus bienes. En los archivos catedralicios existen inventarios que proporcionan una idea de cuántos y cuáles son los bienes e inmuebles que posee, por ejemplo: retablos, tapices, cortinas, pinturas, esculturas, muebles, puertas, ventanas, pero la atención será especial en consignación y registro sobre los bienes suntuarios de valor como oro, la plata y piedras preciosas, que básicamente conforman el ajuar, en este caso, de la catedral poblana.

El ajuar se fue integrando mediante la compra de objetos, predominando en materiales de plata, obras mandadas a hacer a la Ciudad de México, donaciones de piezas realizadas por encargo de clérigos y prebendados.

De todos los objetos descritos en la investigación, es evidente que sobresalen por su belleza y valor económico, pero también se destaca el trabajo de las manos que los habían creado, y a partir del estudio y comparación de los inventarios se va revelando el hecho que cada objeto nos va contando una historia. Esto viene a lugar pues algunas piezas ya no están físicamente y es en el documento, en el inventario, donde quedó asentado qué pasó con esa pieza si se fundió o se vendió. De ahí el valor de preservar el registro detallado

que contiene la descripción de la pieza, el peso y sus características lo que nos proporciona una lo que conformó el tesoro de la Catedral de Puebla. El estudio de estos documentos también nos describe que las obras tuvieron un origen, un sentido y una función y que harán referencia a la belleza y majestuosidad por estar vinculadas al espacio y fines con que fueron creados, porque si bien serán de uso cotidiano no serán de uso común pues estarán en el contexto ideológico e histórico ocupando un espacio y un tiempo, impregnados de un sentido predominantemente religioso.

El objeto religioso de platería debía expresar de forma plena y adecuada un contenido preciso, proveniente de conceptos o ideas extraídas de libros de carácter teológico. Estas piezas serán consignadas como “sagradas”, y se resguardarán bajo llave, con la finalidad de evitar robos o que fueran usados con fines personales.

El punto era lograr “el embellecimiento” del alma mediante los sentidos bajo la contemplación de lo incorpóreo: Estimular, exaltar, como medio para conocer las cosas espirituales.

En el caso de la Catedral de Puebla, según se puede apreciar en esta publicación, se dictaron normas locales para la redacción ordenada de los inventarios de dicha catedral. Entre estas disposiciones observamos la clara intención de que, mediante estos documentos se ejerciera vigilancia sobre los objetos y como consecuencia fundamental, sobre las acciones de los responsables directos de ellossacristán, tesorero y el platero, ya fuera acerca de las adquisiciones, sobre los objetos utilizados en la manufactura de otras piezas, o bien, sobre el mantenimiento, robos, préstamos; siempre bajo la advertencia de sanción, si se infringían estas medidas.

En su investigación la autora va estableciendo características que tienen los objetos, y establece “Tipologías” conformada por piezas representativas de cada grupo. Establece objetos de 1ª clase, son aquellos que están más cercanos al ritual litúrgico como son: custodias, cálices, relicario, cruces, cruz procesional, candeleros del altar. Los objetos de 2ª clase, son: vinajeras, incensarios, atriles, evangelios y lavabos, ánforas, imágenes de plata, las alhajas de la Virgen, otras alhajas. 3ª clase, son aquellos que embellecen el ritual, como las lámparas, blandones, ciriales faroles, la pila de agua bendita los frontales de plata, pedestales, los cetros entre otros.

Esta publicación nos sensibiliza a valorar un mundo sorprendente de objetos elaborados para ser tratados con gran cuidado y esmero para los fines a lo que fueron dispuestos. Asimismo va refiriendo desde los antecedentes de los primeros inventarios eclesiásticos, la conformación del ajuar litúrgico de la Catedral de Puebla, el establecimiento del gremio de plateros en la Nueva España, la normatividad bajo la que se rigieron y las técnicas y características en el trabajo que importaron de Europa, la regulación y normativa en el marcaje. Va relatando que el arte de la platería a partir de la experiencia de los plateros españoles se suma el conocimiento y maestría de los plateros mexicanos, creando rasgos comunes derivando en una síntesis. Respecto a las características de la platería poblana, en la literatura se señala el predominio de elementos vegetales como motivos religiosos, pero son los ángeles los predilectos de la ciudad de la misma denominación, por supuesto relacionados con los mitos de fundación y emblemáticos de ésta. Elementos como la aplicación de diversos materiales que abundaban en el territorio americano como la pedería, el recurso de la representación del arte plumario en cálices y custodias, material considerado “precioso” en la época prehispánica, además de una señal distintiva de la sensibilidad indígena. El tratamiento del cabello de los ángeles y querubines, rasgos de rostros de los personajes con fisonomías indígenas que le dan la particularidad y riqueza fruto de la fusión de dos culturas, la europea y la americana. En el transcurso del siglo XVII se hace presente el trabajo de filigrana, del repujado y del rococó. Las piezas producidas en el período “Barroco” son muestra del lujo y derroche que se acentuará en el siglo XVIII, considerado el siglo de oro de la platería.

Sobre la “magnificencia” y riqueza de la platería poblana nos refiere la autora que existe evidencia que una gran proporción de piezas que hubieran podido quedarse en la Nueva España y fueron llevadas a España, aludiendo algunos lugares en lo que se les puede seguir la pista a través de los archivos documentales.

Para dar una idea del testimonio de cómo se veía la Catedral en 1830 les comparto una cita que seleccionó María Leticia Garduño, quien en palabras de Carlos Guillermo Koppe de origen alemán, relató la siguiente descripción:

PUBLICACIONES / RESEÑAS

Hay altares que son de plata maciza; por donde los ojos miran se ven candeleros y lámparas de gran tamaño de plata sobredorada y de muchos quintales de peso; sólo en rejas sobredoradas de gigantes proporciones se han empleado medio millón; y para poder admirar las casullas bordadas en oro y entretejidas con perlas y piedras preciosas, y lo innumerables copones y custodias de oro y plata se necesita cuando menos medio día. (p. 36)

En relación al estudio de la platería, como se mencionó al principio la autora considera que es un campo de oportunidad, pues con base a su investigación se percata que faltan mucho por trabajar en particular desde la mirada de la historia del arte.

Reiteramos que con éste trabajo se espera contribuir al análisis de la platería religiosa y que tiene la intención de abrir una nueva línea de investigación que preste atención a los inventarios catedralicios porque contribuyen a nuevas fuentes de consulta bajo una perspectiva ya sea histórica, social, cultural o artística lo que facilita la consulta y la difusión al público especializado y en general.

Los mineros, sin duda, fueron y serán el eslabón primero de la elaboración de cualquier joya aquí enumerada, su difícil labor en los tiempos de la colonia, se vió recompensada, en cierta manera, por el destino de la plata sacada con sudor y gran esfuerzo: esa plata no se volvió un objeto valioso pero mundano, como una moneda, esa plata se transformó en algo destinado para el culto a Dios, moviéndose así, de las entrañas de la tierra a las alturas del cielo divino.